



A0512 (A0511)

## 21/07/1998 VIAJE OFICIAL A BULGARIA

### CONFERENCIA DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, SOBRE *ESPAÑA Y EUROPA*, EN EL CLUB ATLÁNTICO DE SOFÍA

Sofía, 21-07-98

Señor Presidente del Club Atlántico, señora Ministra de Asuntos Exteriores, señoras y señores,

Quiero que mis primeras palabras, como es lógico, sean de agradecimiento, agradecimiento al Gobierno de Bulgaria, agradecimiento al pueblo búlgaro y agradecimiento también al Club Atlántico por la acogida que hemos tenido durante estos días, su amabilidad, su hospitalidad, y, en este caso, al Club Atlántico también por la oportunidad que me dan de hacer unas reflexiones, que espero que sean breves y que les puedan interesar, sobre distintas realidades.

Sí quiero decir que, retomando las palabras que ha dicho la Ministra de Asuntos Exteriores, después de este viaje nosotros necesitamos, Bulgaria y España, una cosa: probablemente, necesitemos varias o muchas, pero hay una cosa prioritaria y es encontrar a un Ivan Vazov de estos tiempos que escriba una obra que diga la realidad, en la cual un padre un llamado Marco le pregunte a un niño llamado Vasili qué es lo que le han enseñado en la escuela, y con cien años de diferencia diga que, si le han hablado de los españoles, hoy los españoles y los búlgaros se encuentran más cerca que nunca, son más amigos que nunca y están dispuestos a hacer más cosas juntos que nunca.

La Ministra de Asuntos Exteriores les ha dicho a ustedes quién les habla y ha hecho una lista muy larga, probablemente demasiado larga, que le hace a uno sentirse hasta incluso un poco mayor. Pero, sobre todo, yo quisiera decirles con claridad, además de ser verdad todo lo que ha dicho la Ministra de Asuntos Exteriores, desde dónde se les habla. Sobre España ha habido, a lo largo de la Historia, y, muy probablemente, a veces con razón, a veces sin razón, ideas y circunstancias diferentes. Hoy España es la octava potencia industrial del mundo; uno de los países que más contribuyen, concretamente la octava, también a las Naciones Unidas; un país que asume toda sus responsabilidades, que está plenamente integrado en la Alianza Atlántica, plenamente integrado en la Unión Europea, que tiene ya un nivel de renta de per cápita alto de 15.000 dólares per cápita. Eso supone un hecho muy importante desde el punto de vista de las reflexiones y desde el punto de vista de la trayectoria histórica de España.

Yo, por tanto, quiero decirles que, al hablarles de España, al hablarles de Bulgaria, al hablarle de Europa, les voy a hablar desde una situación de optimismo y les voy a hablar desde una situación de confianza. Y pedir que mis reflexiones se tengan en cuenta en esa dimensión en la que hablo desde el optimismo y desde la confianza; en este caso, no solamente optimismo y confianza en las posibilidades de España, sino optimismo y confianza en las posibilidades de Bulgaria y, por supuesto, en el

entendimiento de que el camino europeo es el camino mejor, el más útil, el más inteligente, el más positivo, el que más puede llevarnos a un futuro de estabilidad, de paz y de prosperidad.

Es verdad, como se ha dicho, que España y Bulgaria, ya para empezar, comparten un anhelo común fuerte, grande, que es el anhelo de la libertad. Yo ayer decía que no hay régimen político que no deba estar fundado sino sobre una cosa, que es la libertad; y que la libertad justifica un régimen político; y que la libertad de los ciudadanos, la libertad individual, la libertad que es la fuente de la dignidad de las personas; la libertad política, en cuanto a la capacidad de elegir; la libertad económica, en cuanto al secreto de una sociedad con éxito... Para mí el secreto de una sociedad con éxito es una sociedad que da oportunidades a sus ciudadanos, en la que ciudadanos libres pueden pensar, desarrollarse, ahorrar, invertir, trabajar, tienen capacidad de iniciativa, tienen capacidad de esfuerzo y le dan a eso un sentido no solamente individual, sino un sentido al servicio profundamente de los intereses de su país.

Ese anhelo de libertad lo complementamos también en un anhelo común de una realidad europea y de una realidad atlántica. Sí se puede decir ahí que España ya ha llegado y que Bulgaria está en camino.

Yo quiero decirles a todos que, por lo que se refiere a la responsabilidad española, a la posición de España en el ámbito internacional, como le he venido diciendo al Gobierno búlgaro estos días, nuestra posición será una posición de abierta comprensión a todos los esfuerzos del pueblo búlgaro.

Desearíamos en un futuro cercano trabajar con nuestros amigos búlgaros plenamente ya en la realidad atlántica y en la realidad europea. Sabemos, por propia experiencia, que esos caminos no son caminos fáciles. Los caminos mejores nunca son los caminos más fáciles; es mucho más fácil ir camino de las políticas equivocadas, camino de las políticas fáciles, que al final conducen al desastre o conducen al abismo. Las políticas serias son aquellas que saben que tienen que actuar en el tiempo, pensando en la conveniencia de su país; pero, sobre todo, orientando un país con un rumbo fijo hacia aquellos lugares, hacia aquellas metas, que son el símbolo de la estabilidad y de la prosperidad.

Algunos pueden pensar todavía, y pueden existir las tentaciones todavía, que en el mundo de hoy, en un mundo absolutamente abierto, comunicado, en el mundo globalizado de hoy, aislado se vive mejor. Yo quiero decirles que eso es una gravísima equivocación. Aislado no se vive mejor, aislado se vive peor. Y algunos piensan también que aislados pueden ser más fuertes que estando con otros, o que su participación, o que su integración en otras organizaciones, o en otras instituciones, como pueden ser la Unión Europea o la Alianza Atlántica, suponen una pérdida de puntos de referencia, una pérdida de identidad propia, una pérdida de aquello que pueda dar un sentido histórico a una nación, a unas vidas concretas.

Yo les quiero decir que no. La experiencia española es que, cuando nosotros estábamos aislados, éramos menos fuertes; cuando estábamos aislados, teníamos menos posibilidades; cuando estábamos aislados, teníamos menos capacidades; y, cuando estábamos aislados, si ustedes me permiten decirlo, éramos también menos españoles por la sencilla razón de que carecíamos de los instrumentos básicos elementales para participar razonablemente en los momentos históricos que nos toca vivir, aportando aquello que una nación antigua, una nación seria y sólida, como es el caso de España y como es el caso de Bulgaria, pueden aportar.

Yo, por lo tanto, quiero decir que les invito con entusiasmo, con mucho entusiasmo y con mucha convicción a que sigan el camino que han emprendido y a que no haya ninguna obsesión por las metas a corto plazo. Como las vueltas ciclistas que vemos

ahora por las pantallas de televisión, no es tan importante el triunfo en una etapa, que también, como el llegar a la meta en buenas condiciones. Eso es lo que determina realmente el éxito de un país, y eso es lo que Bulgaria emprende ahora, lo que España emprendió hace tiempo y lo que España quiere poner a disposición de Bulgaria en aquello que pueda aprovechar, que pueda ser útil, para nuestros amigos búlgaros.

La idea de Europa, la idea europea, siempre estuvo asociada en España a la idea de la democratización y de la modernización del país.

Yo comentaba hoy con el Presidente de la República, hablando de estas cosas, que, siendo yo pequeño y viendo los programas informativos de televisión, yo les preguntaba en mi casa a quien me rodeaban, a quienes estaban conmigo, por qué nosotros no podíamos ser iguales que aquellos dirigentes o aquellos países que aparecían en las grandes reuniones europeas. ¿Qué era lo que nos diferenciaba? ¿Es que teníamos algún problema de nacimiento que nos impedía estar ahí? ¿Es que no nos querían? ¿Es que éramos tan fuertes o tan poderosos que no era necesario nuestra presencia en esas instituciones? Es evidente que, cuando un niño hace esas preguntas, las respuestas de los mayores son un poco complicadas; pero es verdad que era muy difícil encontrar una respuesta satisfactoria.

La respuesta satisfactoria la daba la realidad: no teníamos las condiciones políticas para estar y no teníamos las condiciones económicas para estar. De ahí surge un anhelo muy sentido en todos los españoles de asociar la idea de Europa, a la idea de la libertad, a la idea de la democracia y a la idea de las posibilidades de transformar el país; pero, además de asociarla, partiendo de la convicción de que tenía que ser un esfuerzo interno, un esfuerzo propio español, el que nos diese esas posibilidades de transformación y modernización.

Por poner algún ejemplo, los países que por desgracia en la Historia se equivocan a lo largo de un período de tiempo extenso necesitan también tiempo y esfuerzos de distintas generaciones para superar esos errores o ese mal destino de la Historia, y ponerse en el camino adecuado, en la dirección adecuada.

Para nosotros eso, históricamente, se tradujo en lo que se llamaba, históricamente, una singularidad, una excepción española. Y yo siempre llevé conmigo la convicción de que tan excepcionales no podíamos ser, que tan singulares no podíamos ser y, si ustedes me permiten, que tan raros no podíamos ser.

España se puso a la tarea y ha culminado esa tarea con éxito. No ha sido una tarea fácil. Simplemente, les diré que es verdad que, cuando la Alianza Atlántica se crea, en el año 1948, España no puede estar presente en su fundación: razones políticas nos lo impedían; y, cuando la Comunidad Europea se crea en el año 1957, España tampoco puede estar presente en su fundación: razones políticas y económicas nos lo impedían. Solamente en el año 1986 España consigue entrar en la Unión Europea; muchos años después y ya con un régimen democrático plenamente establecido y ya, naturalmente, en unas condiciones económicas muy distintas de aquellas a las que hago referencia en los dos años que he citado.

Esto tiene su importancia porque quiere decir que, en una buena parte de los acontecimientos históricos que nos ha tocado vivir a lo largo de este siglo, digamos de la Segunda Guerra Mundial hacia acá, mi país, en gran medida, ha estado ausente de esos acontecimientos.

El cambio transcendental, que ustedes comprenderán muy bien, es que los españoles ya no nos preguntamos mirando al exterior qué va a pasar o qué van a hacer; la diferencia fundamental es que en este momento lo que nos tenemos que preguntar es lo que podemos hacer nosotros y lo que hacemos nosotros. Es de ser un espectador, incluso desde fuera del estadio, con muy mala visión e incomodidad, a no estar solamente

dentro del estadio, sino participar en el equipo que toma las decisiones, que hace las decisiones y que marca los caminos del futuro.

El cambio, por lo tanto, es verdaderamente extraordinario y, al cabo de veinte años de comienzo de nuestra transición democrática, hoy España vive un pleno Estado de Derecho, donde este año celebramos el vigésimo aniversario de nuestra Constitución.

Vivimos y saboreamos todos los días lo que es esa llama permanente de la libertad, de las ganas de hacer cosas, del entusiasmo por hacer cosas, del dinamismo por conseguir nuevos objetivos o nuevas metas. Y eso ha provocado un cambio fundamental en la historia de nuestro país, desde el punto de vista, insisto, de su situación política, de su bienestar económico; pero, sobre todo también, desde el punto de vista de la mentalidad de sus ciudadanos.

Cuando yo llegué al Gobierno hace dos años, se habían puesto en marcha los procesos para la formación y la puesta en marcha de una decisión que es la decisión más importante que ha tomado Europa, después del Tratado de Roma en 1957, que ha sido la puesta en marcha de la moneda única europea, la puesta en marcha del Euro.

No tiene parangón en la historia una decisión en la que once países europeos renuncien a su soberanía monetaria para formar una moneda única.

Eso que va a transformar políticamente y económicamente Europa, de un modo mucho más profundo del que algunos piensan en este momento, hace dos años algunos pensaban que era una meta inalcanzable para España. Cuando yo llegué al Gobierno, tomé la determinación y la decisión de que esa meta tenía que ser alcanzable para España, y ha sido alcanzable para España. Dicho de otro modo, les dije a los españoles: somos capaces de conseguir ese objetivo, sois capaces de trabajar por ese objetivo, vamos a conseguir ese objetivo.

Nos pusimos a ello también y a mitad de camino yo me di cuenta de que no solamente íbamos a ser capaces de conseguir ese objetivo, sino de que íbamos a llegar a la meta a la que ya me refería antes en mejores condiciones que otros países que habían empezado su competición tiempos anteriores.

Eso ha demostrado la importancia que tiene la confianza en términos políticos y la confianza en términos económicos para un país, y eso es lo que en este momento permite que vivamos a gusto --no sin problemas, porque la vida sin problemas no existe--, no sin problemas, en el espacio de estabilidad, de prosperidad, de seguridad, más importante que ha habido nunca en Europa y, probablemente, en uno de los más importantes, sin duda ninguna, que existe hoy en el mundo.

Estamos allí porque Europa no solamente es una cuestión de geografía; es una cuestión también de identidad de valores. Cuando hablamos de Europa, estamos hablando de libertad, estamos hablando de humanismo, estamos hablando de derechos humanos, estamos hablando de dignidad, estamos hablando de valores culturales.

Europa no solamente es un espacio geográfico, no solamente es una Unión Monetaria; es una unión de valores y quien aspira a integrar, a formar parte, de esa Europa de hoy debe partir, hacer suyos, tener como propios, esos valores que son los que impulsan las sociedades europeas modernas.

Europa, por lo tanto, son valores, además de ser una geografía que cada vez está más unida y cada vez se siente más unida. Y Europa también, por supuesto, es una unidad y una diversidad.

Europa es ahora ya demasiado pequeña para estar dividida. En el mundo de hoy los europeos, o nos juntamos para afrontar la competencia de una economía globalizada, para afrontar los riesgos de la seguridad, para afrontar los grandes problemas transnacionales como pueden ser la droga, la criminalidad o los problemas medioambientales, o Europa quedará reducida a un segundo lugar. No ya queda

reducida a un segundo lugar España, o Francia, o Alemania, o Italia, no; Europa entera, con todos sus países, quedará reducida a un segundo lugar.

Por lo tanto, el factor de la unidad es algo fundamental, incluso para los escépticos de la idea europea, si piensan en lo que significan las estructuras del mundo de hoy y cómo hay que comportarse en el mundo de hoy.

Pero Europa es también, afortunadamente, la mejor manera de garantizar la libertad y la estabilidad. En toda la historia de Europa jamás ha habido cincuenta años como los que hemos vivido, donde han existido paz y estabilidad entre las naciones europeas, fundamentalmente entre las principales naciones europeas; nunca.

Quiere eso decir que la historia de la Unión Europea con sus muchos defectos, con sus muchos problemas, es la historia de un gran éxito; es la historia de una posibilidad de estabilidad, de paz, después de guerras fratricidas, especialmente de dos Guerras Mundiales que se desarrollan, en gran medida, en Europa a lo largo de este tiempo. Y eso quiere decir también que la idea de Europa sale al paso de aquello que ha sido, en gran medida, el motor de tantos conflictos europeos.

La idea de Europa es la idea de la superación de lo pequeño, la Europa de la superación del nacionalismo excluyente. Los nacionalismos excluyentes, en los términos que se quieran plantear, no tienen cabida en la Europa de hoy ni tendrán cabida en la Europa de mañana. Hoy el mejor modo de apostar por la estabilidad, por el futuro, por la paz, no es apostar por políticas nacionalistas; es compartir posibilidades de futuro en el marco de una Unión Europea que ha demostrado su capacidad para recoger a todos sin que nadie pierda su identidad.

Saben ustedes que hay muchos debates en Europa en el sentido de decir "¿la Unión Monetaria hace que los franceses o que los alemanes sean menos franceses, o menos alemanes; o menos españoles, o menos italianos? Yo les quiero decir que me parece que ésa es una opinión y un debate absolutamente equivocado. Lo he dicho antes: se trata de compartir cosas en un mundo en el que nada es tan pequeño ya para poder conducirlo o para poder llevarlo en solitario.

Y les aseguro a ustedes que mi identidad española, que es fuerte, que es profunda y que llevo con sereno orgullo, no me resulta, en ningún modo, incompatible con nuestra participación, bien en términos de defensa en la Alianza Atlántica, bien en términos económicos en la Unión Monetaria, bien en términos políticos en las instituciones europeas; antes, al contrario, como decía, sentiría que una parte importante de nuestra posibilidad queda cercenada, amputada, por no tener esa posibilidad.

Permítanme decirles con brevedad en qué momento creo yo que estamos del proceso europeo. Estamos en un momento del proceso europeo extraordinariamente importante y quiero decirles hacia donde nos lleva.

En estos últimos años, la Unión Europea ha tomado decisiones de singular y especial transcendencia. Hemos hecho un nuevo Tratado de la Unión: el Tratado de Amsterdam. Hemos culminado la gran operación del mercado único europeo que engloba a más de 300 millones de europeos. Acabamos de poner en marcha el proceso de la moneda única europea; una moneda para once países para comenzar, que será punto de referencia de las monedas en todo el mundo; y hemos puesto en marcha el proceso de ampliación de la Unión Europea a los países del Centro y del Este de Europa.

Vivimos, por lo tanto, un momento extraordinariamente importante que va a obligar a reformas muy trascendentes en el seno de la Unión Europea para que la Unión Europea pueda funcionar; que va a obligar a reformas muy importantes económicas y sociales para poder incorporar a los países que desean formar parte de la Unión Europea

y que va a obligar, naturalmente, a una unión política y económica más estrecha entre todos nosotros.

La idea de la ampliación es una idea compartida y alentada por España; por lo tanto, quiero decirles que España ha impulsado e impulsa la idea de la ampliación como elemento básico y fundamental entre hermanos europeos separados.

El acontecimiento histórico, trascendental, espectacular, de la caída del muro de Berlín; la desaparición de los sistemas dictatoriales, comunistas, en tantos países; la llegada a la libertad de tantos millones de ciudadanos europeos debe ser acogida en los términos históricos que bien merece. Ése es el sentido fundamental de la ampliación y a ese sentido tiene que responder cualquier europeo con buen sentido, con buena calidad de ciudadano europeo, porque de lo que se trata ahora es de construir esa historia conjuntamente, de construir esa historia entre todos.

¿Serán todas estas cuestiones, todas esas decisiones, unas decisiones rápidas? ¿Serán unas decisiones sin problemas? ¿Serán, si me permite decirlo, una varita mágica que pueda resolver cualquier cuestión, la más difícil que se les pueda presentar? Pues yo les quiero decir que no. Simplemente, les digo que, parafraseando aquella frase célebre de Churchill de "la democracia es el peor de los sistemas si no fuese por todos los demás", el camino europeo es el peor de los sistemas si no fuese por todos los demás.

Es un dato muy curioso que son muchos los países que llaman a la puerta de la Unión Europea para estar en la Unión Europea. No conozco, por muchos problemas que tenga, a ningún país que esté en la Unión Europea que se esté planteando salir de ella.

Ésa es una realidad tan clara y tan evidente que no debe ser una realidad desalentadora, sino todo lo contrario: debe alentar a seguir perseverando en el camino de transformaciones, de reformas, de adaptación, de la realidad de cada país a esa realidad que es el de futuro de la Unión Europea.

Si alguien dice "yo tengo que hacer esfuerzo y hacer muchos cambios para llegar a la Unión Europea, y luego ustedes me organizan la moneda única y tendré que hacer esfuerzos para llegar a la moneda única...". Es decir, la idea de Europa es una idea que se va perfeccionando.

Yo siempre recuerdo que, cuando España, con mucho esfuerzo y en unas negociaciones muy difíciles, entró en la Unión Europea en el año 1986, al poco tiempo se aprobaba la llamada Acta Única Europea que ponía en marcha el Mercado Único europeo; y, cuando estábamos adaptándonos al Mercado Único europeo, surgió la idea de la moneda única europea; y hemos tenido que adaptarnos, al mismo tiempo, a la entrada en Europa, al Mercado Único europeo y a la moneda única europea.

Al final, el secreto, como decía, del éxito es que los países puedan estar verdaderamente en forma y que haya distintas generaciones de antes, de ahora y de mañana, y fuerzas políticas parlamentarias y fuerzas sociales, que empujen al país en la dirección de esa opción de libertad, de prosperidad y de estabilidad y no en una opción regresiva, de aislamiento, de desinterés que, al final, no es otra que inestabilidad y pobreza.

Yo, por lo tanto, porque lo he vivido, les hablo de estas cosas con entusiasmo y les digo que me gustaría compartirlas en un futuro próximo con Bulgaria.

Quiero decirles también otra cuestión importante, en mi opinión. Hay quien concibe la construcción europea, en términos políticos, en términos económicos y también en términos de seguridad, como una posición en contra de los Estados Unidos de Norteamérica. O que hablan, por ejemplo, de la seguridad europea en contra de lo que es un elemento básico, un instrumento básico, de la seguridad europea, como es la Alianza Atlántica. Yo quiero decirles claramente que yo no participo en absoluto de esas ideas.

Los 50 años de paz en Europa y la caída, en gran medida, de los regímenes totalitarios comunistas en Europa no ha sido porque el vínculo entre Europa y Estados Unidos era débil, sino porque era fuerte. Si no llega a ser fuerte, no se hubiesen producido esas consecuencias históricas.

Si la Alianza Atlántica, de alguna manera, ha obtenido una victoria histórica, sin disparar un solo tiro, sobre el Pacto de Varsovia, no fue porque la Alianza Atlántica fue débil, sino porque era fuerte. Y, si la Alianza Atlántica tiene en este nuevo escenario que garantizar, como está garantizando, la seguridad y estabilidad de Europa y no hay nadie más que pueda garantizar la seguridad y estabilidad de Europa que la Alianza Atlántica y el sólido vínculo entre Europa y los Estados Unidos; si tiene que seguir garantizando esa seguridad, incluso en zonas o en territorios próximos a ustedes que están en dificultades, será porque la Alianza Atlántica sea una alianza fuerte y porque se eliminen pretensiones de intervención o se eliminen pretensiones de intentar contaminar lo que ha sido la historia de una alianza que ha proporcionado también, desde el punto de vista de la seguridad, más estabilidad y más libertad que ningún otro momento de la historia de Europa.

Yo, por lo tanto, soy partidario de ese vínculo fuerte y tuve la fortuna de estar en Madrid, de organizar en Madrid y de participar en Madrid el año pasado en una reunión histórica de la Alianza Atlántica, la Cumbre de la Alianza Atlántica, que aprobó la primera ampliación de la Alianza Atlántica.

Ustedes saben muy bien, pero siempre impresiona, que, cuando uno tiene responsabilidades de Gobierno, vive a tal velocidad que es difícil, a veces, guardar un poquito las cosas para disfrutar de ellas. Probablemente no puedes disfrutar de ellas; pero, cuando uno mira atrás y piensa en hace diez años, once años o nueve años lo que era la realidad europea y ve en este momento una Alianza Atlántica que ya tiene unos países que hasta el año 1989, hace nueve años, formaban parte del Pacto de Varsovia; que ha sido capaz de llegar a acuerdos de estabilidad con Rusia o con Ucrania; que aprueba una modificación de sus estrategias y de sus estructuras, y que ahora, en Washington, el año que viene, tendremos que reflexionar sobre ese proceso de la ampliación de la Alianza; estamos ante unos cambios verdaderamente extraordinarios que tenemos que aprovechar.

Ahora quiero decir que me parece también enormemente acertado el camino y la opción de Bulgaria para conseguir también participar en la Alianza Atlántica, y que la Alianza Atlántica tenga en cuenta los esfuerzos búlgaros. Me parecen muy razonables y, desde luego, España se ha comprometido y se compromete a que esos esfuerzos búlgaros deben ser considerados, deben ser tenidos en cuenta, en las próximas decisiones de la Alianza Atlántica.

No quiero solamente quedarme aquí, desde el punto de vista de lo que son posibilidades de trabajo en conjunto entre España y Bulgaria, porque, además, España y Bulgaria participan de unas relaciones políticas y unas relaciones económicas que yo creo que cada vez son mejores.

Podemos tener y compartir preocupaciones en ámbitos que son también de una preocupación muy intensa para España: en el ámbito del Mediterráneo o en el ámbito de Sudamérica y de Centroamérica tan importantes y tan queridas para España, donde hoy, España, en América Central y Sudamérica es el segundo inversor del mundo después de los Estados Unidos. Naturalmente, eso es también una aportación muy sólida, muy importante, a lo que es la relación entre Europa y América, no sólo entre Europa y los Estados Unidos, sino entre Europa y todo el continente americano, en la cual la posición española es una posición vital.

Por lo tanto, el tener en cuenta todas estas reflexiones en nuestras ideas, el poder trabajar conjuntamente en ello y el compartir las ideas básicas del mundo de hoy que tenemos que compartir, hoy no debatimos, por mucho que algunos se empeñen, en mi opinión, sobre aquellos viejos debates entre dos modelos de sociedad; no, ya no existe eso, tengo que decir que afortunadamente. Hoy hablamos de las libertades democráticas, hablamos de las libertades económicas, hablamos de la iniciativa social, hablamos de la apertura ideológica, hablamos de la sociedad de oportunidades.

Hoy no tenemos que hacer debates largos y pesados sobre si esta empresa debe estar mejor en este sector público o en el sector privado, porque hoy la única diferencia entre las empresas es las empresas que son rentables y las empresas que no son rentables. Hoy no tenemos que discutir mucho si la Educación debe de estar de ésta o de otra manera, sino de ver cómo los ciudadanos de un país tienen una educación de calidad, o tienen un sistema sanitario, o una salud pública, de calidad y que satisfaga a todos sus ciudadanos.

Hoy eso es lo que nos tiene que mover y yo, desde luego, creo que en ese terreno y en esas ideas España y Bulgaria tienen mucho camino por encontrarse.

Hoy Bulgaria creo que también ha dejado de preguntarse qué va a pasar y se ha puesto a hacer. Y yo le quiero decir y desear a Bulgaria la mejor de las fortunas, la mejor de las suertes, el mejor de los destinos, y, por supuesto, garantizarle el apoyo y la comprensión españolas.

Pero también decirles --probablemente sea innecesario y sé muy bien que lo saben-- que, por mucho apoyo y por mucha comprensión, lo que uno no es capaz de ganar no lo gana nadie por uno. Y el futuro búlgaro depende estrictamente de los búlgaros. Luego, habrá muchos, o algunos, o pocos, los que sean, nosotros estaremos entre los pocos, entre los algunos o entre los muchos que estén dispuestos siempre a colaborar con los amigos búlgaros (...) y pido a la sociedad búlgara que así lo tenga presente, ante una colosal oportunidad.

En una época de grandes cambios hay dos tipos de actitudes: la de aquellos que tienen miedo al cambio y se encierran en sí mismos y la de aquellos que son capaces de afrontar el cambio y de extraer las consecuencias positivas. Hoy también puede uno quedarse al borde del camino, viendo como otros hacen la historia, o puede decidirse a participar y a subirse al tren de los países que están haciendo la historia del mañana, la historia del futuro.

Yo deseo que eso lo haga Bulgaria, porque sé que tiene capacidad, porque sé que tiene confianza y porque sé que tiene posibilidades. Como dice un viejo novelista y poeta español, Miguel de Unamuno, "que nadie se asuste si oye voces o si algunos por el camino le tiran piedras; éstos se quedarán al borde. Lo que importa es continuar, saber el rumbo, saberse en compañía y tener la determinación de llegar". Y esa historia de libertad y de prosperidad será la historia que, de una vez y por mucho tiempo, yo deseo que brille en los cielos de Bulgaria.

Muchas gracias.